

CAPITEL



Porrúa en su laberinto

Con más de noventa años encima, el 18 de diciembre falleció el editor Francisco Porrúa. La suya fue una vida sobradamente creativa y deliberadamente discreta, con aportaciones duraderas tanto para las letras en español como para el arribo a nuestra lengua de los maestros de al menos dos géneros literarios: la ciencia ficción y la fantasía. Fiel a su credo de que el editor “debe ser anónimo”, estuvo alejado de los reflectores pero su impronta perdura entre los lectores que hoy se asoman, por ejemplo, a las obras mayores de Julio Cortázar y Gabriel García Márquez o se convencen de transitar de la pantalla cinematográfica hacia los volúmenes en que yace la mitología tolkieniana.

Aunque nació en Galicia, en 1922, Porrúa se crió en la Patagonia argentina, pues cuando él tenía apenas dos años sus padres se instalaron en Comodoro Rivadavia, ciudad costera que por entonces fue escenario del auge petrolífero en Argentina. Mientras estudiaba filosofía en Buenos Aires, Paco —así lo llamaban todos— se acercó al mundo editorial como corrector y redactor, pero pronto dio sus primeros pasos como dictaminador, es decir como consejero externo que lee originales y recomienda su publicación o lo contrario. En “Paco Porrúa. Agente secreto, gran editor”, un ensayo incluido en *El optimismo de la voluntad. Experiencias editoriales en América Latina* (FCE, 2009), Jorge Herralde recuerda que el gerente de Sudamericana, Antonio López Llausàs, reconocía no publicar nada en los años cincuenta sin la aprobación de un “lector secreto”, que no era otro que el treintañero Porrúa. En 1962 se convertiría en gerente editorial de esa casa; durante la década en que la encabezó, Sudamericana puso en circulación *Rayuela* (1963) y *Cien años de soledad* (1967).

Se sabe bien que Porrúa fue uno de los primeros convencidos de la calidad literaria de Cortázar, pues aunque *Bestiario* había sido un fracaso comercial para Sudamericana el editor se empeñó en publicar otro volumen de relatos, *Las armas secretas*, y poco después la novela protagonizada por Horacio Oliveira. También se conoce el estímulo, anímico y pecuniario, que dio al obsesivo García Márquez cuando éste estaba inventando Macondo y cómo esa apuesta rebasó por mucho sus optimistas previsiones: con los 8 mil ejemplares de la primera impresión, tiraje inusual para un autor poco conocido, Porrúa expresaba su confianza en cómo recibirían los lectores a la familia Buendía, pero desde las primeras semanas esa cantidad se reveló como felizmente insuficiente.

Tal vez se perciba mejor su talento editorial si dirigimos nuestra atención a lo que logró con Minotauro, sello que en este 2015 cumple 60 años de actividad. Recordaba Porrúa que su interés por la ciencia ficción —para Borges, ese apelativo es un “monstruo verbal”— le vino de leer en los años cincuenta un artículo en *Les Temps Modernes*, la revista dirigida por Jean-Paul Sar-

tre, sobre ese género usualmente ninguneado; en esa nota se mencionada a Ray Bradbury, cuyas *Crónicas marcianas*, en traducción del propio Porrúa pero bajo el pseudónimo Francisco Abelenda —para Rodrigo Fresán “Bradbury suena mucho mejor en español que en inglés porque en español tenía un socio silencioso”—, aparecieron en 1955 con un prólogo de Jorge Luis Borges y una colorida portada diseñada por Juan Esteban Fassio, uno de los más reconocidos exponentes de la patafísica en Argentina. En cada uno de los esbeltos volúmenes de Minotauro, cuyo formato los volvía inmediatamente identificables, se veía la impecable construcción de un paquete editorial. El segundo título de la naciente editorial fue *Más que humano*, del también estadounidense Theodore Sturgeon, un estrujante relato sobre lo que puede lograrse uniendo las capacidades extraordinarias de un grupo de personajes individualmente monstruosos (lo que tal vez sea una inesperada metáfora para describir en qué consiste la actividad editorial).

Pero el autor que convirtió al sello de Porrúa en una presencia habitual en la biblioteca de millones de, sobre todo, jóvenes lectores fue J. R. R. Tolkien, por quien, sin embargo, el editor no parecía sentir tanta devoción. Durante las décadas previas a un doble fenómeno —el de los devoradores de largas sagas en muchos volúmenes, a lo Harry Potter, y el de las megaproducciones cinematográficas, a lo Peter Jackson—, las peripecias de la Tierra Media fueron de interés casi exclusivo de una enorme minoría de aficionados a las narraciones épicas y bucólicas, levemente infantiloides, a quienes la lucha del bien y del mal seguía pareciendo seductora y que disfrutaban la abundancia de personajes y el detalle de las descripciones, incluidos los mapas con que podían seguirse no sólo las andanzas de Frodo y Gollum sino también comprender las pormenorizadas batallas. A las muchas tribus inventadas por Tolkien se sumó la de sus fieles lectores, que con religiosidad trazaban genealogías, citaban pasajes de *El Silmarilion* o recordaban diálogos entre elfos, enanos, árboles parlantes... Desde un plano más terrenal, los varios millones de ejemplares vendidos en español contribuyeron a que Planeta, de entre varios mastodontes interesados en comprarla, lograra hacerse de Minotauro en 2001.

El nombre de la casa editorial parece ajeno a los cohetes espaciales, las tierras llenas de misterio, los seres irreales que pueblan el catálogo de Minotauro. Pero dudo de que la elección del hombre con cabeza taurina haya sido un mero capricho de Porrúa: si bien el bicho antropófago que atormentaba a los atenienses pertenece a una estirpe literaria distante de los hobbits, los enredos distópicos de Anthony Burgess, las crónicas imaginarias del Marco Polo inventado por Italo Calvino o la aterradora fauna de Ursula K. Le Guin, es posible imaginar un razonamiento que ponga todos estos relatos en un mismo saco: el de la literatura no realista de alta calidad. Casi al final de *Fahrenheit 451*, el encendido elogio del libro que Bradbury escribió en 1953 y que Porrúa puso en español, el antibombero Montag escucha al líder de los libros vivientes una nostálgica sentencia: “cuando teníamos los libros a la mano, hace mucho tiempo, no utilizábamos lo que ellos nos daban”. El fabuloso animal que Paco Porrúa colocó en su laberinto editorial quiso, y aún hoy quiere, darnos mundos ficticios que complementen éste en que nos movemos todos los días: los mitos de las islas del Mediterráneo vendrían a ser relatos de fantasía o ciencia ficción *avant la lettre*; el fallecido editor sería entonces quien ofreció un hilo para unir lo antiguo con lo contemporáneo.

TOMÁS GRANADOS SALINAS
@tgranadosfce